www.elboomeran.com

PEKING BY NIGHT

Tour de force, 2

www.elboomeran.com

www.elboomeran.com

Svetislav Basara

Peking by Night

Traducción de
Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

editorial minúscula
BARCELONA

www.elboomeran.com

Título original: *Peking by Night*
© 2008 Svetislav Basara
Spanish translation licensed through Les Allusifs (Quebec, Canada).

© de la traducción: 2012 Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek
Revisión: Santiago Celaya

© 2012 Editorial Minúscula, S. L.
Sociedad unipersonal
Av. República Argentina, 163
08023 Barcelona
minuscula@editorialminuscula.com
www.editorialminuscula.com

Primera edición: marzo de 2012

Diseño gráfico: Pepe Far
Imagen de la cubierta: Pepe Far, a partir de una fotografía de © ShutterWorx

Este libro se publica con una ayuda del Ministerio de Cultura, Medios de Comunicación y Sociedad de la Información de la República de Serbia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona
Impresión: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-95587-86-2
Depósito legal: B-6.399-2012

Printed in Spain

www.elboomeran.com

Extranjeros en la noche

Éramos extranjeros en la noche. En cualquier noche, muchos años atrás, cuando aún existían múltiples cosas de las que ya no logro acordarme e incluso algunas de las que sí me acuerdo pero en las que ya no puedo creer; por ejemplo, atardeceres azulados, salpicados aquí y allá de casitas en las que se encendían lámparas. Todavía entonces, nosotros dos éramos extranjeros en la noche. En aquellos años, más exactamente en las noches de aquellos años, había muy pocos extranjeros. No me acuerdo de dónde venía ni adónde iba yo; a la sazón me consideraba perdido, hoy pienso que no era así. No sé de dónde vino el otro extranjero ni adónde iba. Supongo que él tampoco lo sabía. Lo creo de verdad. Creer me da fuerzas para escribir estas pocas líneas. Ni siquiera sé de qué sexo era el otro extranjero, como tampoco sé adónde iba. Supongo que él tampoco lo sabía, de qué sexo era, quiero decir. Es más: los sexos son una ilusión. Nos encontramos en algún lugar a medio camino entre… Nos miramos. En vano. Era de noche. En un primer momento odié a ese otro extranjero. Durante unos tres o cuatro minutos. Lo odié recíprocamente. Y entonces comprendí que el otro extranjero había comprendido que yo comprendía. Y al revés. Le posé la mano en el hombro. Recíprocamente. Y así unos diez o quince minutos. Suficiente, era suficiente. ¿Era necesario que hubieran pasado tantos años para…? ¡Sí! Nadie me había resultado menos extranjero y a na-

die le había resultado yo menos extranjero. Y no sabía nada de él. Recíprocamente, se entiende. Y así fue una decena de… Pienso que nunca hay que saber nada de nadie, porque lo que sabes y lo que él te dice de sí mismo no es él en absoluto, sino un fantasma. Ahora estoy escribiendo a miles de kilómetros, lejos de…, lejos de todo, en Pekín. En China, los muros son delgados. El ruido de mi máquina de escribir ha despertado a mi vecino y él, cortésmente como solo un chino sabe hacerlo, me dice:

Estimado vecino: es muy tarde. Mañana nos levantamos temprano, por lo que si fuera usted tan amable de dejar de teclear, le estaríamos eternamente agradecidos.

Discúlpenme, les ruego encarecidamente que me perdonen. Solo escribo la dedicatoria y termino.

Y lo más quedo posible, en el lugar más inusual para una dedicatoria, tecleo:

Al extranjero

www.elboomeran.com

Crimen perfecto

¿Cuál es el sentido de la cronología una vez que las cosas han pasado? Por eso empiezo por cualquier parte: Gruber tenía tres hermanos. Ninguno es relevante para esta historia. Apenas puede decirse que Gruber lo sea. El día en que la muchacha desconocida fue asesinada, Gruber chocó con un señor en la entrada de la Oficina Central de Correos. Después fue a tomarse una cerveza. Antes había pedido disculpas, porque no era un maleducado. En ese instante el funcionario de la ventanilla 5 echaba un vistazo al reloj de la pared: eran las ocho y diez. Diez minutos más tarde, yo miraba mi reloj: eran las ocho y diez. Me encontraba enfrente de Correos, pero no vi el incidente en la entrada; me había quedado alelado delante de la portada de una revista extranjera expuesta en un kiosco. Mostraba a una mujer desnuda hasta la cintura, y debajo de la foto, en letras gruesas, ponía: FELIZ AÑO 1963. Lo único que prueba esto es que la lujuria es un vicio, porque si hubiera mirado hacia Correos habría visto que eran las ocho y veinte. Así queda demostrada una cosa: tenemos un hecho, pero este no tiene ninguna importancia para la historia. Los hechos nunca tienen importancia en una historia.

En realidad, nunca sabemos lo que sucede; somos una brizna de paja en la tormenta de los acontecimientos, los he-

chos no llegan hasta el final. Todo vale también para la historia: «La teoría de la relatividad se aplica en su totalidad al universo novelesco […] en una verdadera novela, no menos que en el mundo de Einstein, no hay lugar para un observador privilegiado.»[1] En ese momento, un instante antes o después, la chica asesinada me preguntó la hora. Todavía no la habían asesinado, eso se sobrentiende. Yo le dije: Las ocho y diez, mientras en mi fuero interno me preguntaba cuál era el sentido de la factografía cuando las cosas ya han sucedido. Mi reloj debía de haberse parado, porque al entrar en Correos para echar una carta, en el reloj de la pared había visto que eran las nueve menos veinticinco. El funcionario de la ventanilla 5 inquirió: «¿Ordinario, certificado o urgente?» Tenía un pie en la tumba, como yo, como todos, por lo demás, en la Vulgata lo dice claramente: *Nescimus horam neque diem.* Respondí: «Urgente», porque era lo último que había oído. Lo repetí como un eco. Pero al menos contaba con un hecho: mi reloj se había parado. Esto es un hecho de cierta importancia para la historia, porque suscitó los siguientes razonamientos: «Le di cuerda ayer por la noche. ¿Por qué se ha parado? Debe de haberse estropeado. No hace ni tres meses que lo compré.» Entonces me acordé de que Doc Holliday decía en una novela: *Conozco hombres que llevan el reloj que han heredado de sus padres, como estos el de los suyos*, y tuve un acceso de risa amarga, añorando los buenos viejos tiempos en que las cosas se fabricaban sólidamente y eran eternas. Así llegamos a otro hecho: en los viejos tiempos las cosas eran sólidas y duraderas; esto es una suerte de mentira, como la mayoría de los hechos, porque de ser cierto no haría falta que aparecieran en el mundo cosas nuevas, frágiles y efímeras.

1. J. P. Sartre. *(N. del A.)*

www.elboomeran.com

Al salir de Correos fui al café en el que Gruber había entrado para tomarse una cerveza después de chocar con el señor. Así hice una concesión a la cronología, pues Gruber ya no estaba en el café. Por supuesto, yo no podía saberlo; ni siquiera sabía que había entrado allí. ¿Cómo podía saberlo si «en la verdadera novela, no menos que en el mundo de Einstein, no hay lugar para un observador privilegiado»? Además, había tenido tiempo suficiente para tomarse una cerveza y marcharse. En lo que a mí se refiere, no entré en el local para tomarme un café insípido, sino para abrir el reloj y, de ser posible, encontrar la avería. Con una navaja de bolsillo levanté la tapa en la que estaba grabado *Antimagnetic, Waterproof*; en el mecanismo —al menos a ojos de un profano— todo estaba bien: no había ningún muelle roto, ningún engranaje torcido, ningún desorden. Observé un rato los pedacitos de metal ensamblados para garantizar el paso del tiempo, ahora sin ninguna utilidad. Cuando intenté colocar la tapa, hice algo mal; uno de los muelles saltó y voló unos cuatro o cinco metros golpeándole en el cuello a una mujer sentada a una mesa junto a la ventana, lo que tuvo como consecuencia que yo dirigiera mi atención hacia allí y a través de la ventana viera a una chica que me resultaba conocida. Era la chica que me había preguntado la hora y había obtenido una información errónea, no por mi culpa, sino por culpa de mi reloj con un muelle roto, la misma que asesinaron ese día. Pero todavía no. Al mismo tiempo oí la voz de la señora sentada a la mesa junto a la ventana. Miraba a la chica y le decía algo a su amiga, de lo que tan solo distinguí: «Creo que él nunca se lo perdonará. No es un hombre que perdone algo así. Te lo aseguro, querida. Carlo es un hombre peligroso.» Gruber seguía en el café, prueba viva de que no hay observadores privilegiados. Pero

yo no podía saberlo. Algunos parroquianos tomaban jarras de cerveza (me pregunto cómo podían beber algo tan repugnante); yo no conocía a Gruber. Por eso, cuando salí del café, me dije: Voy a tirar el reloj roto.

Esa tarde, ignoro qué hora podía ser —mi reloj se había estropeado y lo había tirado, lo que es un hecho más que reseñar—, me encontré a un amigo y fuimos a tomar algo a un café. En la cristalera del café se leía *caffe*, lo que irritó a mi amigo porque era profesor de francés. «No significa nada —explicaba—. *Café* se escribe con una sola *f* y la *e* lleva acento.» En el acto, la cosa empezó a irritarme a mí también. Antes no me molestaba porque no conocía la ortografía correcta. Además, el dueño del café tenía un ojo de cristal, quizá los dos, lo que producía el efecto oportuno. También estaba enfadado conmigo mismo: si no me hubiera quedado alelado ante las fotografías de mujeres desnudas en el kiosco, seguramente habría sabido la hora que era. Pero este hecho ya está probado, y contra los hechos no merece la pena luchar. Nos conducen a la muerte, eso también es un hecho irrefutable, creo que no hace falta que lo argumente. Mientras me entregaba a estas reflexiones, mi amigo ya me había hecho varias preguntas que aún recuerdo, aunque quizá no en el mismo orden: ¿cómo estás?, ¿qué haces?, ¿por qué no me llamaste el domingo como habíamos quedado?, ¿sigues escribiendo tus historias en primera persona?, ¿vas a empezar de una vez por todas a trabajar en tu novela? Empecé a contestar en orden: estoy bien, ¿y tú?; se me olvidó llamarte; nada especial, escribo una historia sobre un crimen perfecto y, por supuesto, en primera persona, pero eso no significa nada, porque Michel Butor escribe: «El narrador, en la novela, no es una primera persona pura. Nunca es el propio autor, estrictamente hablando. No hay que confundir a Robinson

www.elboomeran.com

con Defoe, a Marcel con Proust. El propio narrador es una ficción, pero en ese mundo de personajes ficticios, por supuesto todos en tercera persona, él es el representante del autor, su *persona.* No olvidemos que también es el representante del lector, mejor dicho, el punto de vista en el que el autor lo invita a colocarse para que valore, para que siga la serie de acontecimientos y les saque partido»; parece ser que nunca empezaré mi novela. Y luego dije: «Mira a esa chica en la calle. Es la tercera vez que la veo hoy. Es extraño. Esta mañana me preguntó la hora.» «¿Qué tiene de extraño? —me preguntó mi amigo—. A algunas personas te las encuentras todos los días y no ves nada extraño en ello.»

Eso también era un hecho. Ya se habían acumulado bastantes hechos: 1. la lujuria es un vicio; 2. mi reloj se había parado; 3. en los buenos viejos tiempos, las cosas eran sólidas y duraderas; 4. el reloj se había estropeado y lo había tirado; 5. si no hubiera mirado las fotos de mujeres desnudas, habría sabido qué hora era; 6. los hechos nos conducen a la muerte; 7. encuentro a algunas personas todos los días y no veo nada extraño en ello. Reflexionaba sobre estos hechos, intentaba hallar una relación oculta entre todos ellos, debo admitir que sin éxito. En uno ni siquiera había reparado: antes de encontrarme con mi amigo, no sé cuánto tiempo antes, en esa calle que hay al lado del mercado, no sé cómo se llama, vi a dos tipos juntos, lo que creaba cierta falta de armonía en el proceso de la percepción, porque no suele encontrarse a dos tipos semejantes en pareja. Uno era elegante, llamativamente elegante, y perfumado, lo que constaté unos pocos segundos después, al pasar a su lado y oír de rebote al otro, vestido con cazadora de cuero y pantalones

www.elboomeran.com

de paño basto, que decía: «Ya está acordado, Carlo.» No muy lejos de allí, quizá como decorado, había un camión amarillo de la marca Raba, en fuerte contraste con el agradable verdor del mercado, y no cabe excluir que fuera un efecto escénico de la Providencia tratando de atraer mi atención hacia el camión, pues no soy un amante de los camiones que se diga. Unas cuantas calles más adelante, Gruber pasó al lado de la chica. Había que verlo como un mal presagio; una semana antes, Gruber había estado en el hospital, una visita breve, para que le dieran un certificado médico. Ese día se les habían muerto tres pacientes en el servicio de medicina interna. No hay que perderlo de vista.

Es significativo el hecho (¡uno más!) de que en el café, después de las formalidades, yo hablara de la muerte con mi amigo. Primero mi amigo le señaló al dueño la ortografía incorrecta de *café*. «Ya lo sé —se justificó el dueño—, pero si se escribe *café* con una sola *f*, no tiene una apariencia tan distinguida y los parroquianos piensan que el local es un antro cualquiera.» No tenía más que un ojo de cristal. No me pasó desapercibido.

—Mira —dijo mi amigo mientras yo me fijaba en que el dueño del café solo tenía un ojo de cristal—, cuando el hombre muere, su pasado no tiene sentido alguno. Con la desaparición del sujeto, desaparece todo lo que lo ligaba a los tiempos y a los lugares; después de haber desempeñado su papel, los acontecimientos se reducen a la nada más perfecta: *ouk on*. Por eso es un gran error denominar la biografía de alguien *descripción de la vida*; una biografía es en realidad una *descripción de la muerte*, como diría Albahari. Y por eso no entiendo por qué se da tanta importancia al pasado, a los recuerdos, a los hechos. No son más que una máscara sobre el rostro de la muerte. Los que dicen que aman la vida aman la

www.elboomeran.com

muerte disfrazada. Y por eso son raros los que alcanzan la conciencia de que el hombre es un ser inmortal.

—Estoy de acuerdo —dije—. La muerte es realmente astuta, aunque en un análisis final carezca de ser. Pero tal como es, teniendo en cuenta que ha matado a un sinfín de gente, acumula más experiencia en estos asuntos que cualquier otro individuo, el cual solo muere una vez. No se puede hacer nada. Es un hecho. Lo máximo que nos ha sido dado es saber que no podemos saber nada con certeza, que las cosas y los acontecimientos escapan a nuestra comprensión y lógica, y que no hay lugar para observadores privilegiados.

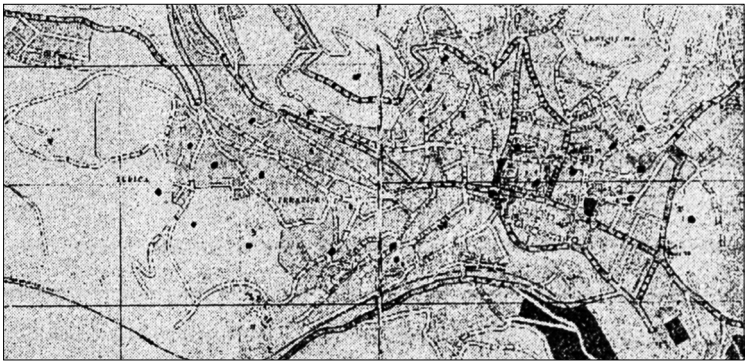
Entonces Gruber entró en el café. Por supuesto, yo no podía saberlo porque no soy un observador privilegiado. Si lo hubiera sabido, habría comprendido que era un mal presagio. Por pura superstición, porque Gruber no era un mal hombre. ¿Acaso no se había disculpado con amabilidad ante el señor con el que había chocado, aunque la culpa la tuviera el señor? Gruber fue a la barra y pidió una cerveza. A este Gruber le encanta la cerveza. Alguien tiró de la cadena en el WC. Pero no salió nadie.

—Oye —le dije a mi amigo dirigiendo la mirada hacia la barra—, ese tipo se llama Gruber.

Ya empezaba a anochecer. Lo justificaba por el hecho (¡otro más!) de que estábamos a finales de otoño y los días eran cada vez más cortos. Pero un día nunca puede ser tan corto. Mi amigo se marchó al liceo para dar las clases de la tarde. Luego dijo: «Adiós.» O fue al revés. Yo me encaminé a dar un paseo, sin rumbo, llevando en la mano un PLANO DE

www.elboomeran.com

LA CIUDAD. Con un rotulador fui señalando todos los lugares importantes por los que pasaba. Se acumularon bastantes puntos negros:



Me preguntaba si no le había dado demasiada importancia a Gruber. ¿No era como esos personajes de las novelas de Agatha Christie que resultan muy sospechosos con el único fin de ocultar al verdadero criminal? Además, esa noche habían arrestado a Gruber porque, borracho, había armado un escándalo en el café. Pero esto no es importante para la historia. Lo importante es que en el mismo portal de mi edificio volví a ver a la chica; venía por la acera directamente hacia mí, y me paré: ¿debía esperarla?, ¿fijarme más en ella?, ¿quizá preguntarle si el nombre de Carlo le decía algo? Pero la muchacha, de repente, bajó a la calzada. Me di la vuelta decidido a desentenderme de todo aquello; presioné el picaporte de la puerta, cometiendo así un error semántico, porque en el picaporte ponía EMPUJE, a la par que oí el chirrido de unos frenos, luego un golpe sordo, como el golpe de porra que Gruber acababa de recibir en los riñones no lejos de allí, en la comisaría de policía, donde le estaban propinando una paliza. La chica yacía bajo las ruedas de un camión amarillo de la marca Raba,

www.elboomeran.com

se parecía a una muñeca que le rompí a mi hermana hacía…, hacía mucho, mucho tiempo. Advertí que en la parte externa de los neumáticos, con letras gastadas, ponía PIRELLI…

Una vez más, enumeré los hechos por orden cronológico: 1. la lujuria es un vicio; 2. mi reloj se había parado; 3. en los buenos viejos tiempos, las cosas eran sólidas y duraderas; 4. el reloj se había estropeado y lo había tirado; 5. si no hubiera mirado las fotos de mujeres desnudas, habría sabido qué hora era; 6. los hechos nos conducen a la muerte; 7. encuentro a algunas personas todos los días y no veo nada extraño en ello; 8. había oído al hombre de la cazadora de cuero decirle a su elegante interlocutor: «Ya está acordado, Carlo»; 9. en el café había hablado de la muerte con mi amigo; 10. la muerte tiene mucha más experiencia en estos asuntos que cualquier individuo. Eso era todo. No logré encontrar una relación lógica en la enumeración de los hechos.

Agatha Christie no tiene razón —pensaba mientras subía por las escaleras—. El crimen perfecto sí existe. Pero no sería perfecto si se conociera. Basta con introducir un ligero desorden en la cronología y en la factografía, esquivar un poco la lógica, y todo lo sucedido aparecerá escrito solamente en la sección de ACCIDENTES…

Entré en mi habitación, me senté tras mi escritorio y con un rotulador uní los puntos con los que había señalado mis movimientos. Ante mí apareció el contorno de un pez, símbolo central en el escudo metafísico de la ciudad. Entonces me acordé de que durante todo el día no había sabido qué hora era. Miré el reloj. Lancé un suspiro. Eran las ocho y diez.